JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

BEBER

Estoy en un Boston estremecido por el invierno anticipado. Llueve y hace viento. Junto a mí, pasa una bandada de muchachas corriendo en traje deportivo, caladas por la fría agua, riendo y animándose. La calle se ilumina por un momento. Me admira su aguante y su alegría. Recuerdo a mis alumnos, esperando sentados el botellón del fin de semana. En Estados Unidos está prohibido beber antes de los 21 años. Los presidentes de 125 *colleges* universitarios han pedido que se abra un debate nacional para rebajar esa edad. Otras voces han advertido que tal descenso sería peligroso. Las estadísticas señalan que cuando los estados subieron la prohibición a 21 años, el número de muertes de jóvenes en carretera descendió hasta un 20%.

Todo el mundo está de acuerdo en que el abuso de alcohol es peligroso. No sólo por problemas de salud, sino, sobre todo, porque causa más del 30% de los accidentes de tráfico, y un porcentaje aún superior de casos de violencia doméstica. Cuantitativamente es la droga que produce más daños en nuestro país. Sin embargo, hemos desarrollado hacia ella una estúpida indulgencia. Si una persona bebe, coge el coche y mata a alguien, el estar borracho va a limitar su responsabilidad y, por lo tanto, el alcance del castigo. Hace años se puso de moda una poética de la ebriedad que siempre me pareció falsa, porque no he conocido a ningún borracho brillante ni creativo. Son pesados, cabezones y con frecuencia violentos. También me parece bobo el adagio: *In vino veritas*, y otros parecidos. ¿Cuál puede ser la solución? No es tanto dejar beber como aprender a hacerlo. Es algo parecido a lo que sucede con los automóviles. La carretera es un peligro, pero no se trata de no ir en coche, sino de conducir bien. Formo parte del comité científico de la Fundación Alcohol y Sociedad, y estamos realizando un estudio sobre el modo de beber en España. Se suele hablar de un modo mediterráneo y un modo nórdico de beber. En el modelo mediterráneo, beber era una actividad socializadora, convivencial, divertida. En el modo nórdico, se trata de *colocarse* cuanto antes. Constatamos que estamos copiando este modelo. Por eso me parece importante reivindicar una cierta pedagogía de la bebida, que debería enseñarse en las familias, de la misma manera que los buenos modales en la mesa o las normas elementales de higiene. Hay que aprender a disfrutar de la bebida, porque es agradable, pero también a fijar con claridad los límites de lo socialmente aceptable. Cuando una persona pierde el control de sus actos se convierte en un irresponsable, y eso es un peligro que la sociedad no puede permitir. Toda nuestra convivencia, todo nuestro sistema ético y legal se funda en la responsabilidad personal. Si esta desaparece, la convivencia no funciona. Sería una demostración de esa *inteligencia social*, a la que tanto apelo, que fuéramos intolerantes con estos casos. Por eso propongo desde hace tiempo la creación de la figura del *bebedor pasivo*, parecida a la que resultó tan eficaz en el caso del tabaco. Nadie quiere encontrarse en la carretera con un conductor bebido, ni tenerlo en la casa de al lado, ni en su propia casa. Los límites inteligentes son imprescindibles para la convivencia. ■

HAY QUE APRENDER A DISFRUTAR DE LA BEBIDA, PERO TAMBIÉN A FIJAR CON CLARIDAD LOS LÍMITES ACEPTABLES

Raúl